

Postprint de:

Feixas, G. (1998). Los constructos personales en la práctica sistémica. En R. A. Neimeyer y M. J. Mahoney (Comps.), *Constructivismo en psicoterapia* (págs. 273-309). Barcelona: Paidós. Traducido de "Personal constructs in systemic practice". En R. A. Neimeyer y M. J. Mahoney (Eds.), *Constructivism in psychotherapy* (pág. 305-337). Washington, D.C.: American Psychological Association, 1995.

LOS CONSTRUCTOS PERSONALES EN LA PRÁCTICA SISTÉMICA

Guillem Feixas

gfeixas@ub.edu

La vida no proporciona al hombre asideros científicos firmes en la realidad, no le sugiere argumentos narrativos, no le ofrece una narrativa rítmica para confirmar la cambiante resonancia de un tema humano. Si elige escribir una tragedia, eso es lo que será; si elige una comedia, eso es lo que surgirá de allí; y si elige una parodia, él, el único lector, debe aprender a reírse de sus misantrópicas caricaturas de la única persona que conoce: él mismo. (Kelly, 1969d, pág. 24)

La teoría de los constructos personales (TCP) de Kelly (1955) y el enfoque sistémico son, al menos a primera vista, dos tradiciones diferentes en el abordaje terapéutico. Originalmente, la TCP enfatizaba los procesos de construcción de un solo individuo (por ejemplo, Bannister y Fransella, 1986), y sólo se amplió su objetivo gradualmente para incluir parejas (por ejemplo, G. Neimeyer, 1985; Ryle, 1975). Por lo tanto, su enfoque terapéutico era principalmente intrapsíquico o diádico. Por el contrario, la conceptualización de un problema desde la perspectiva sistémica incluía siempre el contexto familiar. En dicho contexto, la conducta individual se entendía principalmente como una función dentro del sistema familiar más amplio. Como consecuencia, el tratamiento sistémico se centraba en grupos familiares y, por lo tanto, eliminaba el énfasis en la terapia individual.

Recientemente han tenido lugar algunos cambios importantes. Por una parte el movimiento sistémico se ha vuelto mucho más flexible, tanto al reconocer la necesidad de prestar más atención al individuo (incluso hasta el punto de tratar a individuos solos o díadas en vez de a toda la familia; por ejemplo, Fisch, Weakland y Segal, 1982) como al adoptar una posición epistemológica constructivista (por ejemplo, Efran, Lukens y Lukens, 1988; Hoffman, 1988a). Por otra parte, algunos terapeutas de los constructos personales han elaborado un enfoque constructivista para las intervenciones sistémicas (Feixas, 1992;

Feixas, Cunillera y Villegas, 1987; Feixas, Procter y Neimeyer, 1993; Procter, 1978, 1981, 1985a) que establece una base para la convergencia de ambos enfoques.

Aunque las similitudes de las terapias sistémicas actuales y la TCP de Kelly (1955) se han descrito en otra parte (Feixas, 1990b), se pueden resumir de la siguiente manera. Primero, la TCP y las terapias sistémicas comparten una postura epistemológica común: el constructivismo. Aunque existen notables diferencias entre las diferentes terapias sistémicas, comparten la visión de que el conocimiento surge a partir de un proceso de construcción y no de una representación directa de la realidad. Segundo, la TCP se puede describir como una teoría sistémica. Contiene las propiedades de totalidad, equifinalidad, retroalimentación, y una tendencia a estados constantes, algo que postulan los teóricos sistémicos sobre los sistemas abiertos. Finalmente, la TCP y las terapias sistémicas asumen posturas similares respecto a varias cuestiones clínicas relevantes, como la influencia de la etiquetación en la patología, el papel central de la anticipación, la visión de la "resistencia" como un movimiento coherente del sistema, el uso del lenguaje y las metáforas del cliente, la exploración de las soluciones intentadas, el uso potencial de prescripciones y la visión de la terapia como un proceso de reconstrucción.

En este capítulo exploro la utilidad clínica de incorporar conceptos y métodos de los constructos personales en la práctica sistémica. Como un paso inicial, empiezo con un análisis del constructivismo de Kelly en el contexto de otras posturas constructivistas que continúan inspirando muchos desarrollos sistémicos. Luego presento una visión general de un modelo de cambio que se puede aplicar tanto a la terapia individual como a la sistémica e introduzco el concepto de sistema de constructos familiares como una manera de establecer un puente entre estas dos tradiciones terapéuticas diferentes. Luego ilustro la aplicación de algunos de estos conceptos y métodos en el contexto de un breve caso clínico, y perfilo algunas de las cuestiones vinculadas con la planificación de estrategias sobre el contenido y el proceso en la práctica de la terapia familiar. Finalmente, explico algunas de las implicaciones de este enfoque integrador.

Como he mencionado, la TCP y las terapias sistémicas comparten la postura epistemológica común del constructivismo. Aunque existen notables diferencias entre las diversas terapias sistémicas (Anderson y Goolishian, 1988; Feixas, 1990b; Kenny y Gardner, 1988), coinciden en ver el conocimiento como el resultado de un proceso de construcción en vez de como una representación directa de la realidad. Debido a que el sujeto (observador) construye activamente el conocimiento del mundo externo en un contexto social dado, se desvanece la idea de tener un conocimiento "verdadero" sobre la realidad. Así, la afirmación de Kelly (1955) de que la realidad se puede interpretar de diversas maneras es algo que comparten muchos pensadores constructivistas (por ejemplo, Bateson, 1979; Kenny y Gardner, 1988; Mahoney, 1988; Maturana y Varela, 1987; von Foerster, 1981; Watzlawick, 1984). Esta visión contrasta con la tradicional, el objetivismo, que

sostiene que la realidad está representada directamente en la mente del sujeto, que recibe pasivamente los estímulos del medio.

En el capítulo 2 de este libro, Robert A. Neimeyer ofrece un resumen de las principales afirmaciones distintivas del constructivismo y el objetivismo. La cuestión epistemológica nuclear, la naturaleza del conocimiento, se ha señalado ya en el párrafo anterior. La noción de conocimiento como invención (por ejemplo, von Glasersfeld, 1984) contrasta con la creencia objetivista de descubrir una verdad ya existente. Popper (1972), Campbell (1974) y otros han descrito ya la naturaleza evolutiva del conocimiento. Popper (1959) afirmó que los datos son conceptuales y las hipótesis tienen sólo el estatus de conjeturas (Popper, 1963) hasta que no se falsifican. Resumiendo, los organismos humanos son "teorías de su ambiente" y las estructuras humanas de conocimiento son adaptaciones a dicho ambiente y están sujetas a procesos selectivos a través de la refutación o la invalidación.

El problema de la postura constructivista tiene que ver con la cuestión de cómo se asigna validez al conocimiento. Si no se van a dar por supuestas las percepciones humanas ¿qué criterios se pueden usar para decidir si se incorpora o se rechaza una porción de conocimiento de acuerdo con el propio sistema, tanto a nivel de individuos como a nivel de la ciencia?. De nuevo, es apropiada una respuesta evolutiva. Una hipótesis se considera como (provisionalmente) válida mientras encaja en el contexto y parece viable (von Glasersfeld, 1984). Hasta cierto punto debería ser consistente con el conocimiento adquirido previamente (Kelly, 1955) para integrarse dentro del propio sistema. Los defensores del movimiento del construccionismo social (por ejemplo, Berger y Luckman, 1966; Gergen, 1985) y los filósofos de la ciencia contemporáneos (por ejemplo, Kuhn, 1962) han enfatizado la naturaleza social del conocimiento. El conocimiento se produce en el contexto de una interacción social influida por el lenguaje, la cultura y el ambiente familiar y el proceso de determinar su validez es un proceso social en sí mismo.

Tanto Kelly (1955) como Bateson (1979) han visto la creación del conocimiento como un proceso de captación de diferencias en vez de la formación de conceptos, propuesta en el paradigma del procesamiento de información empleado por los objetivistas. Kelly además enfatiza la organización del conocimiento (constructos) en un sistema autoorganizado y jerárquico, de forma similar a cómo Maturana y Varela (por ejemplo, 1987) a un nivel más abstracto, describen a los organismos vivos como sistemas autónomos y autopoieticos que crean su propia estructura. Como una ampliación de esta noción, estos biólogos chilenos no conciben la interacción entre organismos vivos como una transmisión directa de información (interacción instructiva) sino como un proceso complejo de acoplamiento de estructuras autónomas y autoorganizadas.

A pesar de estos puntos de acuerdo en su preferencia epistemológica por el constructivismo, la TCP y las terapias sistémicas llegaron a este punto por caminos bastante

diferentes y asumen algunos supuestos también diferentes. Por lo tanto, primero voy a presentar la evolución epistemológica del enfoque de Kelly (1955), haré una breve descripción del constructivismo sistémico, y concluiré esta sección elucidando algunas de sus diferencias así como sus similitudes.

El alternativismo constructivo de Kelly

George A. Kelly (1955), junto con Bartlett y Piaget (1937) estuvo entre los primeros pensadores constructivistas en psicología y fue pionero en las terapias constructivistas (Feixas y Villegas, 1993; Mahoney y Gabriel, 1987). Al presentar su enfoque de la psicología y la psicoterapia es uno de los pocos que revela sus bases epistemológicas. Además, aunque a Kelly le influyeron los filósofos Vaihinger y Dewey, alcanzó su posición epistemológica principalmente a través de su propia práctica clínica. Empezó su carrera clínica y académica durante los años treinta en un "College" que atraía estudiantes de una amplia área rural. Debido a que era uno de los tres miembros del profesorado, y el único psicólogo clínico del departamento, tenía pocos recursos con los que llevar a cabo las responsabilidades clínicas y docentes que implicaba su posición. Por otra parte la psicología y, especialmente, la psicoterapia eran muy inmaduras y ofrecían pocas alternativas al profesional. Kelly rechazó muy pronto el paradigma estímulo-respuesta debido a su simplicidad y su incapacidad para resolver los problemas clínicos a los que se estaba enfrentando, pero tampoco le convencía su alternativa obvia: el psicoanálisis.

Así que empecé a fabricar "insights". Ofrecía deliberadamente "interpretaciones absurdas" a mis clientes. Algunas de ellas eran tan poco freudianas como pude concebirlas...*Mi único criterio era que la explicación diera cuenta de los hechos cruciales tal como los veía el cliente y que tuviera implicaciones para abordar el futuro de una manera diferente.* [la cursiva es mía]

¿Qué ocurrió?. Bien, muchas de mis explicaciones absurdas funcionaban, algunas de ellas sorprendentemente bien. Efectivamente, las más insensatas caían en el vacío, pero muchas veces una revisión de las entrevistas sugería donde estaba la dificultad del cliente con ellas. (Kelly, 1969a, pág. 52)

Así, a través de la experimentación clínica, Kelly se da cuenta del papel central de la (re)construcción de la experiencia del cliente, en la medida en que genera alternativas más viables. Como se ha explicado antes, el principal criterio no es el valor de verdad de la interpretación sino a) su relevancia para dar cuenta de lo que el cliente considera crucial y b) su potencial para la generación de una manera alternativa de afrontar el futuro. El énfasis principal de Kelly (1955) recae en la posibilidad de generar construcciones alternativas nuevas para un acontecimiento dado: "Nadie tiene que verse acorralado; nadie tiene que estar completamente atrapado por las circunstancias; nadie tiene que ser víctima de su biografía" (pág. 15).

Debido a este énfasis en la generación de alternativas, Kelly (1969c) etiquetó su principio epistemológico como alternativismo constructivo, diciendo que "la realidad está

sujeta a muchas construcciones alternativas, algunas de las cuales pueden resultar más fructíferas que otras" (pág. 96). Estas construcciones más "fructíferas" serán viables y encajarán con el sistema de construcción previo de la persona.

Una de las características más interesantes del constructivismo de Kelly es que no sólo se ha desarrollado a través de la práctica clínica sino que todo el cuerpo de la psicología de los constructos personales (una teoría psicológica, una teoría clínica, los métodos de evaluación, las estrategias de intervención y las técnicas terapéuticas) derivan de manera coherente de sus supuestos constructivistas. Dicha consistencia entre estos diferentes niveles de la teoría y la práctica es poco frecuente en psicología, especialmente en psicoterapia (Feixas y Villegas, 1990; R. Neimeyer, 1988).

Kelly (1955) afirma en su postulado fundamental que "los procesos de una persona están canalizados psicológicamente por la manera como anticipa los acontecimientos" (pág. 46). Como observó Bruner (1956), la anticipación del futuro parece ser el principio motivacional fundamental de la TCP. Así, para Kelly la manera como una persona anticipa es su característica más relevante. Dicho punto de vista tiene como resultado la conceptualización de los seres humanos como proactivos, dirigidos a una meta y propositivos. De esta manera, el constructivismo de Kelly se desarrolla a través de su teoría y su práctica psicológica en vez de ser sólo una reflexión intelectual expresada en el capítulo sobre epistemología de su obra de 1955. Más adelante, describo algunas de estas cuestiones constructivistas al hablar del modelo de cambio de los constructos personales.

El constructivismo sistémico

En las primeras formulaciones sistémicas, que muchos terapeutas familiares todavía consideran centrales (por ejemplo, Haley, 1963; Watzlawick, Beavin y Jackson, 1967), se analiza el problema en el contexto de una secuencia de conducta de los miembros de la familia en la que el síntoma tiene una función homeostática en relación a todo el sistema. Esta función tiene que ver con coaliciones trigeneracionales (por ejemplo, Haley, 1963; Minuchin, 1974), o bien con la solución intentada por la familia para resolver el problema se considera un segmento clave del patrón conductual que perpetua el problema (Watzlawick, Weakland y Fisch, 1974). Sin embargo, en la pasada década un número cada vez mayor de terapeutas sistémicos han adoptado una postura de orientación constructivista.

Gregory Bateson, uno de los precursores del movimiento familiar sistémico, elaboró sus pensamientos epistemológicos (por ejemplo, 1972, 1979) de manera que han tenido una gran influencia en la sensibilidad de muchos terapeutas sistémicos respecto a la importancia del proceso de conocimiento y su relación con la práctica clínica. Como resultado, los autores constructivistas posteriores, como von Glasersfeld (1984), von Foerster (1981), y Maturana y Varela (1987), junto con Bateson, están entre las fuentes más citadas de inspiración teórica y clínica en la bibliografía sistémica de la pasada década.

Hoffman (1985, 1988a) es quizá el autor que ha narrado más claramente la evolución del movimiento sistémico hacia el constructivismo. Su focalización inicial en secuencias de conducta se trasladó a la investigación de significados, es decir, a estudiar cómo construyen la conducta diferentes miembros de la familia. Los problemas se explican ahora como mitos familiares, premisas o sistemas de creencias familiares que son coherentes con las conductas sintomáticas. Así, las nuevas técnicas sistémicas (por ejemplo, las preguntas circulares) se han ideado para hacer explícitas y cuestionar dichas premisas familiares. Un ejemplo paradigmático de este enfoque sistémico constructivista lo representa el equipo de Milán formado por Boscolo y Cecchin (Boscolo, Cecchin, Hoffman y Penn, 1987). Otros ejemplos relevantes son el libro editado por Watzlawick (1984), la conceptualización de cambio de Keeney (1983), la noción de sistemas determinados por el problema de Goolishian (por ejemplo, Anderson y Goolishian, 1992; Goolishian y Winderman, 1988), y otras aplicaciones clínicas derivadas. Una señal de su influencia fue la aparición de un número especial en 1988 sobre constructivismo en *The Family Therapy Networker*, en el que Efran, Lukens y Lukens (1988) y otros autores presentaban el constructivismo, sus implicaciones clínicas y su relación con la epistemología y la postura clínica de Kelly.

Humberto Maturana ha inspirado una gran cantidad de pensamiento epistemológico sistémico, y su postura se ha considerado más radical que la de Kelly. Seguidamente, comparo las ideologías de estos dos autores para revelar de manera más amplia la relación epistemológica entre la TCP y las terapias sistémicas.

Kelly y Maturana: un contraste ontológico

Debido a que hay más asunciones que discrepancias, primero señalaré brevemente algunas similitudes entre el pensamiento de Kelly y el de Maturana. Como expliqué antes, a nivel epistemológico, ambos autores mantienen posturas constructivistas. Asimismo, ambos niegan la posibilidad de un conocimiento verdadero y objetivo de la realidad. Como observaron R. Neimeyer y Feixas (1990b), el concepto de autopoiesis de Maturana (Maturana y Varela, 1980), la visión de los sistemas vivos como autoorganizados y determinando su propia evolución, tiene su paralelo en la TCP en el corolario de elección. Según este corolario, cada sistema realiza elecciones que aumentan su poder predictivo, es decir, las que más contribuyen a una mayor elaboración del sistema. A veces la elección de una persona puede incluir un "síntoma" para aumentar el alcance o la precisión de sus estructuras anticipatorias. En este sentido no hay una decisión o elaboración correcta que pueda ser definida por un observador arbitrario: "es el sistema en sí mismo el que regula la dirección y el alcance del cambio" (R. Neimeyer y Feixas, 1990b, pág. 78). Por lo tanto, como mantenía Maturana (Maturana y Varela, 1980), las fluctuaciones en el ambiente pueden, cuando más, desencadenar el cambio en el sistema vivo. Esto lleva a la idea del determinismo estructural y clausura operacional (Maturana y Varela, 1980) que

sugieren que los cambios que ocurren en cualquier sistema vivo están determinados por las características de su propia estructura y no por la realidad externa. De manera similar Kelly (1955), en su corolario de modulación, afirmó que "la variación en el sistema de construcción de una persona está limitada por la permeabilidad de sus constructos [supraordenados]" (pág. 77). Esto significa que un sistema dado no permite cualquier cambio, sino que sólo tiene en cuenta un rango limitado de alternativas cuya variedad depende del grado en que su estructura supraordenada permite la inclusión de nuevos ejes de construcción; en otras palabras, de la permeabilidad del sistema.

Se puede encontrar otro paralelismo en el aforismo de Maturana "todo lo que se dice es dicho por un observador" (Maturana y Varela, 1980, pág. 8) frase que pretende transmitir la idea de que cuando alguien hace una afirmación sobre la realidad esa persona está hablando sobre su visión de la realidad. Por lo tanto la atención se debe dirigir al observador y no a la realidad. De manera similar, Kelly (1969b) dice lo siguiente:

Cuando digo que el zapato izquierdo del Profesor Lindzey es un "introvertido", todo el mundo lo mira como si hubiera algo de lo que el zapato fuera responsable. O si digo que la cabeza del Profesor Cattell es "prolija" todo el mundo le mira de arriba a abajo como si la proposición hubiera salido de su cabeza en vez de la mía. ¡No miréis su cabezal! ¡No miréis ese zapato! Miradme a mí; yo soy el responsable de esa afirmación. (pág. 72)

A pesar de sus similitudes epistemológicas, Maturana y Kelly no están de acuerdo en su creencia respecto a la existencia de la realidad. Para el primero "nada existe fuera del lenguaje" y la realidad es sólo "una proposición explicativa" (Maturana, 1988, pág. 80). Aunque Kelly estaría de acuerdo en que el único criterio para la validación de las propias hipótesis es la correlación interna entre las anticipaciones (constructos supraordenados) y las discriminaciones sensoriales de orden inferior (constructos subordinados), él ha afirmado sin ambigüedad su presunción sobre la existencia de la realidad: "Suponemos que existe realmente el universo y que [los humanos] gradualmente lo van entendiendo" (Kelly, 1955, pág. 6). Sin embargo, este claro desacuerdo no es epistemológico sino ontológico. Ambos están de acuerdo en que los seres humanos no pueden llegar a conocer la realidad directamente (una posición epistemológica), pero discrepan en su creencia respecto a si la realidad existe o no independientemente de un observador (una posición ontológica). Kelly supone la existencia de la realidad (una posición tradicionalmente relacionada con el realismo o el materialismo), y Maturana parece afirmar que la realidad no existe (una posición tradicionalmente relacionada con el idealismo y el solipsismo).

Si se toma un punto de vista riguroso, como hicieron Held y Pols (1985, 1987) al analizar esta divergencia, uno se da cuenta de que hacer cualquier tipo de afirmación sobre la existencia de la realidad (es decir, cualquier tipo de afirmación ontológica) es una inconsistencia lógica:

Una considerable parte del campo de la terapia familiar adopta una epistemología...NR [que significa "no podemos acceder a una realidad independiente" (pág. 456)], y si uno adopta una epistemología

de ese tipo, surgirá una contradicción si además se adopta una ontología/metafísica. (cualquier ontología/metafísica). (Held y Pols, 1987, pág. 457)

Ahora que se ha reconocido esta inconsistencia lógica, dejadme que siga tentativamente con esta controversia durante unos instantes. Afirmar la existencia metafísica y ontológica de la realidad presenta varias ventajas (pese a su ya reconocido inconveniente de la inconsistencia lógica). Da cuenta de diversos fenómenos que la gente ve intuitivamente como "porciones de la realidad": abuso, violencia, enfermedad física y muerte. Estos fenómenos surgen con frecuencia como objeciones al constructivismo (por ejemplo, Taggart, 1985). Compartiré una experiencia personal: recientemente tuve un accidente de coche sin importancia. Aunque no fue serio yo, como sistema vivo, recibí una molesta perturbación del ambiente. Había algo "allí fuera" que me estaba influyendo. Por supuesto, mi estructura (constitución corporal, posición y estado psicológico) determinaron el daño que produjo el impacto en mi cuerpo así como en mi construcción cognitiva del acontecimiento. Pero una parte de la realidad desencadenó (sólo desencadenó) algunos cambios en mi estado físico y psicológico. Quizá no fue una "interacción instructiva", pero algo allí fuera estaba acoplándose estructuralmente a mi cuerpo de una forma que mi sistema autopoyético y autónomo no había elegido.

Por otra parte, otros pensadores relevantes han expresado de forma más o menos explícita esta postura lógicamente inconsistente (aunque a otro nivel intuitivamente razonable). Max Planck (1932), considerado el precursor de la física cuántica, afirmó simultáneamente que "a) hay un mundo externo que existe independientemente de nuestro acto de conocer [y] b) el mundo real externo no es directamente cognoscible" (pág. 32). Prigogine (Prigogine y Stengers, 1984), junto a los físicos cuánticos y muchos otros constructivistas, propuso una visión de la materia (realidad) que dependía hasta cierto punto del observador, dicha realidad no es una "sustancia pasiva" descrita por "una visión del mundo mecanicista". Por lo tanto, la materia, aunque no es pasiva, existe. Esto se podría deducir incluso de los escritos de von Glasersfeld (1984): "El único aspecto de dicho mundo real que verdaderamente forma parte de su dominio de experiencia son sus límites" (pág. 24). Aunque la postura de Kelly es lógicamente inconsistente con el constructivismo epistemológico, se podría asumir esta posición y afirmar que el universo existe realmente aunque no puede formar parte del "dominio de experiencia" humano, excepto a través de sus "límites".

Esta divergencia ontológica entre Kelly y Maturana la había sospechado previamente Mahoney (1988) y Kenny y Gardner (1988). En consecuencia, este último no consideraba a Maturana un constructivista sino el creador del "paradigma" alternativo (Kenny y Gardner, 1988, pág. 9). Como observé antes, mi posición es diferente; yo considero a Maturana uno de los contribuyentes más destacados del moderno constructivismo, a pesar de su reivindicación ontológica de la inexistencia de la realidad.

Por otro lado, Mahoney (1988) ha distinguido a los constructivistas críticos, aquellos que "reconocen la existencia de un mundo externo real", de los constructivistas radicales¹, "un enfoque que es básicamente indistinguible del idealismo" (Mahoney, 1988, pág. 4). Yo considero esta solución elegante aunque no totalmente precisa. Para distinguir a los pensadores constructivistas Mahoney no usó un criterio epistemológico sino ontológico.

Sin embargo, al final esta cuestión se convierte en una manera de clasificar a los pensadores y pensamientos escritos: una especie de etiquetación. Pero uno de los puntos del constructivismo es precisamente la importancia de las etiquetas aplicadas a las conductas, pensamientos y sentimientos. Debido a que las etiquetas y el lenguaje ("languaging") tienen un papel destacado (quizá exclusivo) en el campo social, es importante señalar las distinciones que hacen los pensadores constructivistas porque éstas inspiran, hasta cierto punto, la práctica clínica de muchos terapeutas.

UN MODELO DE CAMBIO: EL "PREJUICIO" CONSTRUCTIVISTA

Golann (1987), en un artículo crítico, observa que la adopción de perspectivas cibernéticas y constructivistas en el campo de la terapia familiar "ha producido una devaluación innecesaria de la descripción representacional de la interacción familiar" (pág. 331). Debido a que a partir de la perspectiva cibernética de "segundo orden"¹ cualquier descripción habla más del observador que del acontecimiento observado, parece que dicha descripción tiene poco sentido en un marco constructivista. Sin embargo, yo estoy totalmente de acuerdo con la afirmación de Golann quien sugiere que "decir que los intentos de hacer una descripción verificable de la interacción familiar no son valiosos para entender a la familia es actuar con demasiado celo" (1987, pág. 332). Ciertamente, el compromiso de Kelly (1955) con el constructivismo no frenó su interés por conceptualizar el funcionamiento de los sistemas de construcción. Además, derivó su teoría psicológica³ en congruencia con su convicción epistemológica.

Verdaderamente, la afirmación de que el constructivismo implica que los terapeutas eviten conceptualizar, poner etiquetas, y crear un "mapa" del sistema de creencias del cliente lo considero incoherente. Aunque las descripciones de una interacción familiar no son descripciones representacionales sino construcciones, los terapeutas, al igual que cualquier otros seres humanos, han de construir los acontecimientos a los que se enfrentan. Kelly (1955) postula que los terapeutas desarrollan un subsistema profesional de construcción (que indudablemente guarda relación con su sistema de constructos personales) que les permita poseer las habilidades para discriminar entre los acontecimientos clínicos que afrontan en su práctica diaria. Este sistema profesional debe ser exhaustivo y elaborado de tal manera que proporcione el mayor poder predictivo. Por supuesto, este subsistema debe estar equipado con los conceptos de la orientación particular del terapeuta. Una vez que Kelly reconoce la imposibilidad de actuar sin un modelo, intenta elaborar un modelo de

constructos personales coherente con la postura constructivista. Así, puesto que como terapeutas no podemos operar sin un "prejuicio", tengamos al menos un prejuicio constructivista.

Un modelo de los procesos y el cambio humano debe tener las siguientes características para ser coherente con la epistemología constructivista: a) debe estar centrado en el proceso de construcción en vez de en la realidad construida (contenido); b) debe ser contextualista⁴, es decir, tiene que dar cuenta de la manera como interactúan los sistemas de construcción más amplios con los más restringidos; y c) ha de ser reflexivo, es decir, debe dar cuenta de los procesos de construcción del observador y de lo observado. Yo creo que la TCP ofrece un modelo constructivista que cumple estos supuestos.

Seguidamente voy a dar una idea general del modelo de funcionamiento humano de los constructos personales. Debido a que para la TCP la vida es un movimiento continuo, éste es también un modelo de cambio. La TCP se organiza en 11 corolarios que amplían un postulado fundamental (ya mencionado). Se puede encontrar una presentación formal de dichos corolarios en otros trabajos (por ejemplo, Bannister y Fransella, 1986; Botella y Feixas, 1998; Kelly, 1963; R. Neimeyer, 1987a). Para asumir una postura más informal, me centraré en el ciclo de la experiencia, que también propuso Kelly (1970) y que elaboraron otros teóricos de los constructos posteriores (Feixas y Villegas, 1990; R. Neimeyer, 1985).

La TCP como un modelo centrado en el proceso

Desde una visión constructivista, la experiencia desempeña un papel crucial y exclusivo en la generación de conocimiento. Par Kelly (1955), el proceso de experiencia es una parte intrínseca del ser humano y, por lo tanto, no le interesa explicar sus causas y motivos, el por qué. En vez de eso, propone considerar este proceso como el mecanismo fundamental de cambio y evolución. Una comprensión profunda de este mecanismo, como un proceso circular continuo, nos permite comprender mejor la acción humana en lugar de entender simplemente las causas e impulsos originales. Debido a que el mismo universo está siempre transformándose, esto "invita a la persona a dar nuevas construcciones de los [acontecimientos] cuando ocurra algo inesperado" (Kelly, 1955, pág. 72).

Kelly (1955) propone la metáfora del "hombre como científico" para describir el ciclo de la experiencia. Compara la actividad humana diaria con la del científico. La primera fase de este ciclo, que surge de ciclos previos, se refiere a la naturaleza anticipatoria de la existencia humana así como a la aspiración predictiva de la ciencia. Las anticipaciones (constructos) o hipótesis están organizadas jerárquicamente en un sistema que sirve para entender los acontecimientos y para anticipar el futuro. Como las hipótesis científicas, las anticipaciones están unidas a una teoría mucho más amplia: el sistema de constructos personales.

Esta comparación entre la persona corriente y el científico no implica que la mayoría de la gente sea consciente de tener hipótesis (y teorías) de la misma manera que lo son los científicos. Aunque no seamos conscientes de ello, en cada momento de nuestra existencia estamos implicados en este proceso de anticipación. Por ejemplo, al seleccionar una llave de un llavero para abrir una puerta cerrada, uno anticipa hacer la selección correcta. Hay una implicación suficiente para actuar de acuerdo con esta anticipación y para coger la llave e intentar abrir la puerta, es decir, para encontrarse con el acontecimiento. La consecuencia de esta conducta proporciona una confirmación o una desconfirmación de la anticipación que, a su vez, lleva a la persona a realizar una revisión constructiva. En el caso de que se valide la hipótesis, la distinción que hizo posible la elección se consolida dentro del sistema. En caso de invalidación, se deberían desarrollar nuevas distinciones (constructos) que guíen la conducta posterior. Una pregunta crucial en esta fase es cómo se valida o se invalida una anticipación. Para Kelly (1955), no es la realidad la que proporciona (in)validación. En vez de ello, la (in)validación se "construye subjetivamente" (pág. 158). Es decir, la hipótesis implica sus propios criterios, en términos de constructos sensoriales de orden inferior, para la (in)validación. Como se observó en otro lugar (Feixas, 1990b), el ciclo de la experiencia se puede resumir como un circuito cerrado de retroalimentación en el que la conducta (representada por la fase de encuentro) y la anticipación se influyen mutuamente de manera circular.

De este modelo se deduce que se debe prestar más atención a la naturaleza de las anticipaciones de la gente: sus constructos personales. Son noticias de las diferencias, en términos Batesonianos (véase Foley, 1988, y Feixas, 1990b, para una comparación entre Kelly y Bateson), y se producen cada vez que la gente hace una distinción. Los constructos son la forma como las personas perciben las cosas o a los otros ya sea como similares o como diferentes entre sí. En este sentido los constructos son dicotómicos debido a que, como afirmó Kelly (1955) "gran parte de nuestro lenguaje... implica un contraste que no se manifiesta explícitamente. De otra manera nuestro discurso no tendría sentido" (págs. 62-63). Ciertamente, el significado se construye a través de las diferencias de contraste. Además, el significado surge de la manera en que se relacionan dos o más constructos. El constructo religioso-ateo puede tener diferentes relaciones con el constructo bueno-malo. En algunas familias religioso está unido a bueno y ateo a malo, mientras que en otras la relación es inversa o no existe (ser religioso no se considera ni bueno ni malo). La TCP ha elaborado modelos para dar cuenta de las posibles relaciones diferentes entre constructos (en Feixas, 1990b, se presenta un resumen de uno de estos modelos). Además, la TCP inspira modelos más precisos para áreas más específicas, como el propuesto por Viney, Benjamin y Preston (1988) para la tercera edad.

La TCP como un modelo contextualista

Aunque esta descripción del proceso de construcción se puede ver como altamente individualista (tal como sugiere la idea de "constructo personal"), Procter (1978, 1981, 1985a) y, posteriormente Feixas (1990a) adaptaron este modelo para describir los sistemas de constructos familiares (para una revisión, véase Feixas, 1992) 5. De hecho, lo que Kelly (1955) propuso era un modelo de funcionamiento para construir sistemas, pero debido a que la validación de un sistema de constructos personales se da siempre en un dominio interpersonal, la familia en los primeros años, y sistemas más amplios después (Procter y Parry, 1978), este modelo permite ser ampliado a sistemas más amplios de construcción. De acuerdo con Procter (1981), esta extensión "simplemente no se había elaborado aún" (pág. 354). Dando otro paso en esta dirección, Feixas (1990a) ha propuesto de manera provisional una adaptación de los corolarios de la TCP para describir a la familia y otros sistemas de constructos multipersonales.

Procter (1978) ha añadido dos corolarios nuevos, relacionados con los grupos y con las familias, usando la TCP como base para su teoría del sistema de constructos familiares (SCF). En este enfoque las familias negocian una realidad común, el SCF que "ofrece a los miembros 'posiciones' alternativas de manera que no necesariamente han de estar de acuerdo" (Procter, 1981, pág. 355)6.

Una de las principales ventajas de la TCP tal como la amplió Procter (1978) es que utiliza el mismo modelo para describir los procesos de construcción de los sistemas personales y de los sistemas familiares u otros más amplios (véase Feixas, 1990a). Además, puede proporcionar un marco para explicar la interacción en las familias. Al usar este modelo en investigaciones previas, mis colegas y yo (Feixas y al. 1987) representamos gráficamente este solapamiento entre los sistemas de constructos personales y el SCF (véase figura 1). Se puede ver que diferentes sistemas de constructos personales tienen diferente grado de solapamiento con el SCF. El sistema de construcción de los miembros que está representado con un mayor grado de solapamiento está centrado principalmente en el SCF. Sus constructos jerárquicamente supraordenados están inmersos en el SCF, lo que significa que su principal fuente de validación está situada en los significados y actitudes percibidos de otros miembros de la familia. Contrariamente, aquellos miembros que están representados con un menor grado de solapamiento reciben su principal validación de otras fuentes. Sus constructos más supraordenados (constructos nucleares) no están vinculados a los SCF, aunque lo son algunas de sus opiniones (véase Harter, Neimeyer, y Alexander 1989, para alguna evidencia empírica sobre estos puntos).

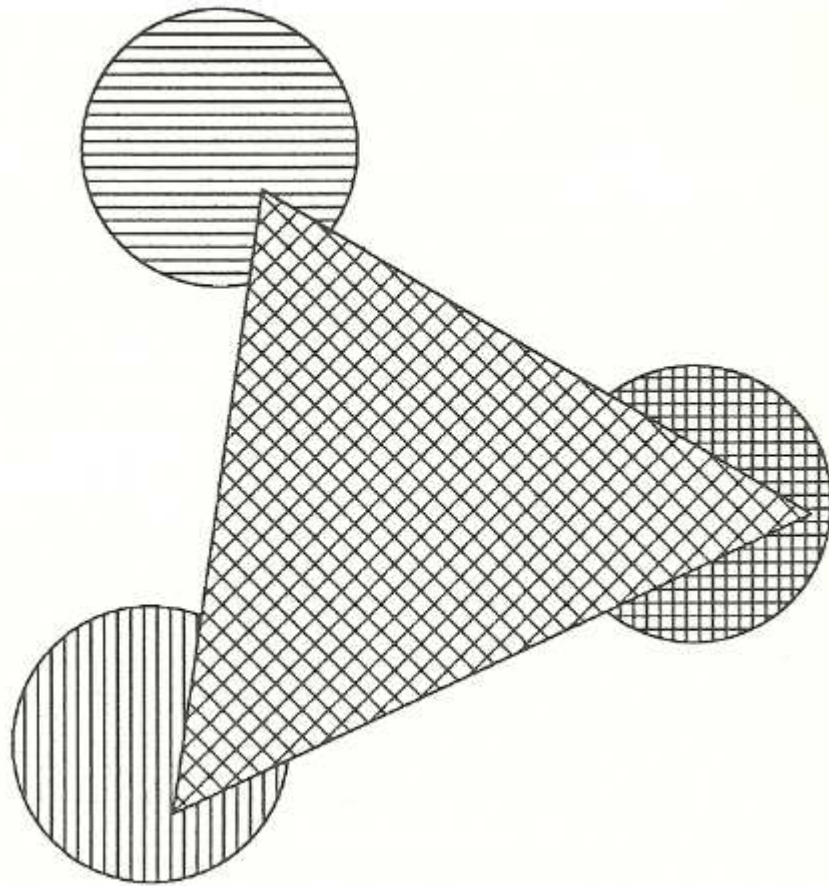


Figura 1. La superposición entre el sistema de constructos familiares y algunos sistemas de constructos personales. Los círculos representan diferentes personas o "sistemas de constructos personales"; el triángulo representa el sistema de constructos familiares.

Se puede describir el desarrollo humano desde este modelo. Por ejemplo, los sistemas de construcción de los niños están dirigidos principalmente a través de las avenidas de movimiento de sus SCF. A medida que los niños crecen y alcanzan una mayor individuación (Stierlin, 1987) así como una vida más externa, sus constructos nucleares se pueden volver más independientes del SCF. Por supuesto, este proceso podría llevar a muchos desarrollos diferentes. Por ejemplo, unos jóvenes podrían identificar su pensamiento con el de los SCF de manera que les dejara poco espacio para la individuación. Para ellos, dejar a la familia estaría casi fuera del rango de alternativas disponibles en su sistema de construcción. Muchos otros, aunque dejan su familia de origen, con frecuencia transmiten el mismo SCF cuando crean una nueva familia.

La idea de un SCF va más allá del énfasis de Kelly (1955) en el sistema de constructos individuales. Procter (1978, 1981, 1985a) representa un sistema de construcción que tiene vida propia. El SCF comprende un grupo de constructos compartidos por los

miembros de la familia que surgen a partir de la negociación implícita entre los miembros de la pareja y de la evolución del sistema a través del ciclo vital familiar. El SCF también incluye las metaperspectivas (Laing, Phillipson y Lee, 1966) de los miembros de la familia. En la TCP la anticipación mutua que un miembro de la familia hace de los procesos de construcción de los otros (por ejemplo, la manera como el padre cree que su hijo ve a la madre) se llama relación de rol. Así, la familia y otras relaciones (sociales) se pueden ver como relaciones de rol en las que cada miembro anticipa los pensamientos y la conducta de los otros. Aunque dicha anticipación es necesaria y deseable, cuando un miembro se comporta de una manera no esperada se pueden invalidar los constructos de rol de los otros. Debido a que dichas trayectorias son inherentes al crecimiento y desarrollo personal, los esfuerzos que hacen otros miembros para hacer cumplir los viejos patrones son potenciales fuentes de conflicto en el desarrollo familiar. En estos conflictos muchas veces un miembro tiene que elegir entre el crecimiento personal y adaptarse a las expectativas de los otros. Los síntomas de malestar son, con frecuencia, soluciones intermedias a dicho conflicto. A pesar de estas consideraciones, el SCF no ofrece un modelo de "familias funcionales" o del "ciclo vital familiar" ideal sino que, por el contrario, ofrece un modelo exhaustivo para entender los diferentes caminos evolutivos que pueden emprender las familias.

La TCP como un modelo reflexivo

Varios autores de los constructos personales (por ejemplo, Bannister, 1966) han enfatizado la naturaleza reflexiva de la teoría de Kelly (1955). Al describir el proceso de construcción, el modelo de los constructos personales da cuenta de la actividad misma de formular un modelo; es decir, es capaz de dar cuenta del observador así como de lo observado. La TCP es una forma de construir el proceso de construcción de las personas. Así, se puede ver a los miembros de la familia como teóricos familiares que elaboran teorías (constructos) para anticipar y predecir la conducta de cada uno de los otros. De igual manera, la TCP tal como reconoció Kelly (1969b), es en sí misma una construcción y, como tal, se reconstruirá: "nuestra teoría está diseñada francamente para contribuir de manera eficaz a su propio derrumbamiento y total sustitución" (pág. 66).

En la ampliación que hace Procter (por ejemplo, 1985a) de la TCP, se desarrolla también la reflexión. Postula que cada miembro de la familia asume una posición en el SCF. Como comento en la sección siguiente, la noción de posición supone dos niveles: el nivel de construcción y el nivel de acción. Cuando surge un problema cada persona o institución relacionada con el problema asume una posición. Yo he encontrado útil aquí la idea de sistemas determinados por el problema (por ejemplo, Anderson, Goolishian y Winderman, 1986). De acuerdo con esto, el sistema a considerar incluye no sólo a los miembros de la

familia sino también a los profesionales "que están hablando del problema" (Anderson y al. pág. 9). En este sentido, sería más preciso hablar de sistemas de construcción de problemas.

Procter (1985a) sugirió que se incluyeran las visiones de estos otros profesionales cuando se investigaran los problemas presentados así como la perspectiva del propio terapeuta. Esto llevaría a la construcción de un mapa de carreteras o esquema terapéutico, tal como se describe en la sección siguiente. Para concluir, se puede afirmar que la TCP (con la inclusión de la conceptualización del SCF de Procter) se puede considerar un modelo de los procesos humanos orientado en el proceso, contextualista y reflexivo. Por lo tanto, proporciona un "prejuicio" coherente y consistente para los terapeutas constructivistas.

DE LAS CONDUCTAS A LOS SIGNIFICADOS Y VICEVERSA

Hoffman (1985) sugiere que la evolución en el campo de la terapia familiar es pendular. La terapia familiar empezó dando un gran énfasis a las conductas, en parte como reacción a enfoques excesivamente intrapsíquicos. Ahora, la orientación constructivista ha hecho oscilar el péndulo en la otra dirección: "se han declarado como centrales otra vez las ideas, creencias, actitudes, sentimientos, premisas, valores y mitos" (Hoffman, 1985, pág. 390). Además, Hoffman (1988a) considera "el cambio de objetivo de las conductas a las ideas" como una de las comunales de "un estilo general de terapia sistémica... influida por un enfoque constructivista", y afirma claramente que "los problemas existen pero sólo en la esfera de los significados" (pág. 124).

Aunque yo básicamente estoy de acuerdo con este nuevo cambio, siempre he pensado que los movimientos pendulares son poco equilibrados y peligrosos. Preferiría que la contribución del constructivismo a la arena terapéutica fuera suficientemente exhaustiva y holista para incluir también algunos de los avances producidos por el énfasis preferente de la terapia familiar en la conducta. Sin embargo, creo que en el contexto de la evolución previa del movimiento de terapia familiar, quizá ha sido difícil sugerir una alternativa al movimiento pendular. Quizá la cuestión de la relevancia central del significado sea difícil de presentar sin transmitir la idea de un terapeuta que no hace nada más que conversar. El nuevo terapeuta constructivista puede parecer un profesional poco convincente, especialmente cuando las prescripciones, rituales y otras intervenciones usadas por los terapeutas familiares tradicionales, han demostrado ser tan útiles a nivel clínico. A mí me gusta la idea de un modelo conversacional de terapia (trae un aire nuevo y fresco a la sala de terapia) pero esta idea ha de elaborarse más porque la palabra conversación puede connotar también una falta de recursos terapéuticos. En consecuencia, un modelo constructivista de cambio debería incluir conductas además de significados, y debería permitir que el terapeuta actúe en ambos niveles de experiencia.

Desde mi punto de vista, el modelo de cambio de los constructos personales ofrece un marco exhaustivo que permite al terapeuta considerar tanto las conductas como las ideas como un objetivo a la hora de recoger información y a la hora de intervenir. Esto encajaría también con la sugerencia de Hoffman (1988b) de un "posicionamiento ...y..." en vez de un "posicionamiento ...o..." (pág. 67) y con la visión de Keeney (1982). De hecho, Kenney y Ross (1985), que derivaron también su enfoque del constructivismo, han asumido una postura similar al considerar dos marcos de referencia diferentes: el semántico (relacionado con significados) y el político (relacionado con patrones y secuencias de conductas). En este modelo integrador de intervención, Linares (comunicación personal, 1988) propuso también un modelo con dos dimensiones ortogonales. Una de ellas, la dimensión epistémica versus pragmática, está en correspondencia con este énfasis global al considerar los significados y las conductas.

La noción de Procter (1985a) de posición, definida como la postura integrada que asume cada miembro del sistema, supone dos niveles: el nivel de construcción y el nivel de acción. Teniendo en cuenta el ciclo de experiencia (descrito en la sección anterior), Procter sugirió que la postura que asume un miembro implica su construcción de sí mismo, la construcción del pensamiento de los otros y varios niveles de metaperspectivas. Las acciones de este miembro provienen de dichas construcciones. Estas acciones son maneras de poner a prueba sus hipótesis. Al mismo tiempo, las acciones de los otros miembros son una evidencia (in)validadora para ciclos de construcción posteriores. De hecho, el SCF es la interconexión de las posiciones diferentes de los miembros de la familia de manera que cada uno proporciona una evidencia (in)validadora para los otros. Éste no es sólo un mecanismo conceptual; de este marco se pueden derivar diversas implicaciones para la evaluación e intervención clínica.

La noción de posición como un marco para la evaluación clínica

Teniendo en mente la noción de posición, un terapeuta puede empezar, en cualquier momento dado, bien con una conducta específica (quizá la etiquetada como "el problema") o con una idea expresada por algún miembro de la familia. El terapeuta debería continuar investigando conductas y significados concurrentes de otros miembros relacionados con el problema. Para explicar esto con un ejemplo, presentaré a la familia Pérez (nombre ficticio). José solicita ayuda para él y a su esposa, Rosa, con respecto a sus problemas matrimoniales. La pareja tiene algo más de 60 años y una hija de 18, Lucía, que presenta un retraso mental profundo. La familia de Rosa había emigrado, cuando ella era adolescente, a Barcelona desde Andalucía, una región del sur de España caracterizada por gente expresiva y emocional que vive en armonía con el clima cálido. Por otra parte, José nació en Aragón, un área seca donde la gente raramente tiende a expresar sentimientos. Se trasladó a Barcelona cuando tenía unos 25 años, conoció a Rosa y unos meses más tarde se casaron. Rosa

empezó la descripción de su falta de satisfacción matrimonial quejándose de que José no le daba todo el amor y afecto que ella necesitaba, mientras ella parecía ser una amante sensible. Habló mucho y fue generosa ofreciendo ejemplos de la actitud de falta de atención de José hacia ella, así como de su afán por cuidar de manera sobreprotectora a su hija. Hablar del cuidado hacia Lucía resultó especialmente doloroso para Rosa porque estaba perdiendo la vista y tendría que renunciar a su trabajo como ayudante de limpieza en un hospital. Se estaba deprimiendo mucho con la perspectiva de jubilarse y tener un marido tan insensible, que sólo estaba disponible para su hija retardada. Mientras ella describe el problema, José parece avergonzado y concentra sus esfuerzos en cuestionar detalles sin importancia de la descripción de su mujer sobre la indiferencia que él le muestra.

Después de presentar el problema inicial, el proceso de recogida de más información sobre la posición que tienen los miembros respecto al problema se puede llevar a cabo de varias maneras. En este caso, yo investigo cual es la visión que tiene José del problema, es decir, su construcción de las críticas y quejas de su esposa. José está ofendido de que Rosa no confíe en el amor que le ha demostrado durante 20 años de matrimonio, y le hiere particularmente que no entienda que Lucía depende totalmente de sus cuidados. Además, insinúa que si él no proporcionara dichos cuidados a su hija ésta quedaría desatendida (lo que lleva a Rosa a responder enérgicamente con las numerosas cosas que ha hecho por Lucía). Parece que el principal conflicto surge cuando los tres están juntos y José asume un rol exclusivo de cuidar de la muchacha. Esto ofrece a Rosa la evidencia de que prefiere a Lucía antes que a ella, lo que es consistente con la actitud visiblemente más distante hacia su hija. Dicha actitud, a su vez, le confirma a José que él debe cuidar de su hija. Procter (1985a) ha llamado a este proceso de confirmación mutua de anticipaciones indeseadas el "nudo" de la interacción. En la figura 2 aparece una ilustración del nudo de Procter aplicado a este caso.

Por supuesto, este esquema se podría completar con diversos niveles de metaperspectivas de Rosa y José, y también con la visión de otras personas implicadas en el problema, incluidos el terapeuta y otros profesionales (aspectos que normalmente surgen con la ayuda de las preguntas circulares). Para simplificar, reduzco la cuestión a este nudo del problema. Lo esencial aquí es que el terapeuta, al usar este marco, guíe la entrevista de manera que vaya de los significados a las conductas y viceversa con todos los miembros relacionados con el problema. Procter (1985a) describió esta manera de entrevistar como un "zig-zag". Aunque el terapeuta no tiene una lista concreta de preguntas, tiene en mente dos niveles de investigación (significado y acción) y tiene hipótesis orientadas al proceso según las que cada nivel (construir o actuar) está relacionado con los significados y conductas de los otros miembros.

La noción de posición como un marco para la intervención

A veces la conversación sobre el nudo del problema que surge en este tipo de entrevista proporciona diferente tipo de evidencia (in)validadora que genera una cierta revisión constructiva (quinta fase del ciclo de la experiencia) en el sistema de constructos de los miembros y/o en el SCF. Sin embargo, en muchas otras situaciones, el terapeuta tiene que intervenir en algún punto del ciclo de construcción familiar para provocar una construcción alternativa. Aunque cada orientación terapéutica normalmente está comprometida con un número limitado de técnicas, el terapeuta puede disponer de muchas otras. En este sentido, la TCP es técnicamente ecléctica pero teóricamente consistente (Feixas y Villegas, 1990; R. Neimeyer, 1988; Feixas y Neimeyer, 1991). Por lo tanto, lo que define de manera característica el enfoque que estoy presentando no es la opción que un terapeuta elige a nivel técnico sino su posición y su conceptualización terapéutica. Por ejemplo, uno puede intentar reformular las acciones de un miembro de la familia asociando un nuevo significado a la conducta más congruente con el SCF. Esto deja abierta la posibilidad de una reconstrucción. Por otra parte, se podría intentar promover algún tipo de conducta alternativa, bien enfatizando una ya existente o prescribiendo otra, para proporcionar evidencia que (in)valide una hipótesis de la familia.

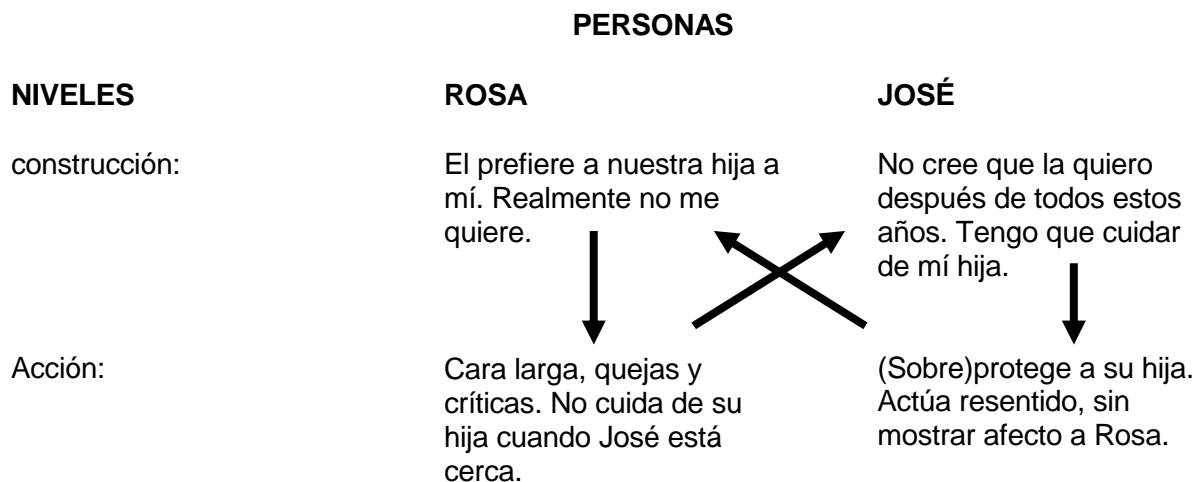


Figura 2. Un diagrama de la posición de Rosa y José en su conflicto marital.

Estas implicaciones terapéuticas de por sí no son nuevas para la mayoría de los terapeutas familiares sistémicos. Estos terapeutas han estado reformulando y prescribiendo (con diferente énfasis, dependiendo de su orientación particular) de esta manera durante mucho tiempo. Sin embargo, yo he presentado algunas implicaciones terapéuticas para ilustrar el marco tan flexible que puede proporcionar la TCP, incorporando las ideas de Procter (1978, 1981, 1985a) del SCF y la noción de posición. Como ejemplo de esta

flexibilidad, Feixas, Cunillera y Mateu (1990) han presentado un caso en el que se usa la interpretación de los sueños en el contexto de la terapia familiar sistémica. Además de ofrecer una flexibilidad clínica adicional, dicha propuesta permite al terapeuta incorporar algunas técnicas de constructos personales, como la contrastación de hipótesis, el rol fijo y la caracterización familiar, que resumiré brevemente en los siguientes párrafos.

La primera de estas técnicas, la contrastación de hipótesis, necesita alguna elaboración teórica antes de ser descrita. Deriva del modelo de cambio presentado en el ciclo de la experiencia. A partir de la perspectiva novedosa que ofrece este ciclo, Kelly (1970), en su artículo titulado *La conducta es un experimento*, presentó una nueva visión de la conducta. A partir del modelo circular que ofrece este ciclo de experiencia, se puede ver la conducta como el antecedente y el consecuente de una (re)construcción. La conducta es un encuentro (tercera fase del ciclo) con un acontecimiento. Ese encuentro proporcionará la evidencia para validar o invalidar una anticipación implícita. En este sentido la conducta es una forma de investigación, una "manera de plantear una pregunta" (Kelly, 1969d, pág. 13). Aunque muchas formas de terapia (por ejemplo, la terapia conductual) consideran la conducta como la variable dependiente que se debe cambiar a través del tratamiento, Kelly (1970) propuso que la conducta puede ser la variable independiente. Es decir, el terapeuta puede prescribir ("manipular" en la metáfora experimental) la conducta para provocar una revisión del sistema de construcción. Así, "el psicoterapeuta ayuda al cliente a diseñar y realizar experimentos. Presta atención a los controles. Ayuda al cliente a definir hipótesis" (Kelly, 1955, pág. 941). Esto se expresa con la metáfora del científico personal, que se debe interpretar en clave de analogía experimental. "Realizar experimentos" significa poner en práctica algunas de las anticipaciones o hipótesis de los clientes para ver como funcionan y para ayudarles a definir qué tipo de evidencia ("controles") servirá para validar sus hipótesis. En otras palabras, la contrastación de hipótesis implica un acuerdo entre el terapeuta y el cliente para llevar a cabo algunas tareas fuera de la sala de terapia. Estas tareas pueden tomar muchas veces la forma de prescripción terapéutica. En sesiones posteriores, esta técnica conlleva la revisión de la tarea y de algunas de sus implicaciones (in)validadoras y (re)constructivas. Como he señalado ya en otro lugar (Feixas, 1990b), esta técnica tiene algunas similitudes con la prescripción de tareas y de rituales que utilizan habitualmente muchos terapeutas sistémicos, aunque su lógica se presenta de forma algo diferente. En el caso de la familia Pérez, propuse un experimento de contrastación de hipótesis en forma de reconstrucción. Antes del ejercicio, planteé la siguiente reformulación general:

Me he dado cuenta de lo mucho que se quieren ustedes, más allá del hecho de que expresan el afecto de diferentes maneras. También quiero hacer constar mi sincera admiración por los excelentes cuidados que han dado a su hija durante todos estos años. Me impresiona el gran sacrificio que están realizando al dedicarse a la difícil tarea de criar a Lucía, aunque lleven a cabo dichos esfuerzos de maneras diferentes.

Escucharon con atención, es decir, rompieron su patrón previo de interrupciones mutuas, y aparecieron algunas lágrimas en los ojos de José. Entonces sugerí que yo cuidaría de su hija durante el resto de la sesión (la trajeron a la sesión porque no confiaban en nadie más que cuidara de ella), y les propuse un ejercicio. Mientras estaba sentado al lado de Lucía, les invité a girar sus sillas, y a que se miraran a la cara. Entonces pregunté a Rosa directamente:

¿Está de acuerdo con lo que he dicho de que usted realmente quiere a su marido?

Rosa: ¡Sí!

Guillem: Bien, ¿por qué no se lo dice a él?

Rosa: Sí, le quiero [mirándome a mí]

Guillem: No me lo diga a mí. Es él quién necesita oírlo. Por favor, dígaselo a él mirándole a los ojos.

En este momento estaba visiblemente cohibida pero tuvo el coraje de decir "te quiero José" con lágrimas en los ojos. Repetí este proceso con José, que también mostró dificultades evidentes para expresar su amor directamente a Rosa y también parecía conmovido.

Esta intervención, como he dicho antes, la podrían llevar a cabo profesionales de varias orientaciones terapéuticas. Sin embargo, el propósito aquí es mostrar su relevancia teórica de acuerdo con la noción de posición. La reformulación y el ejercicio posterior se proponen para proporcionar una evidencia notoria que invalide las hipótesis que ellos mantienen de que no se quieren. Además, esta intervención ofrece una imagen equilibrada de ambos cónyuges en la que ambos tienen problema para expresar sus sentimientos (ambos muestran dificultades al expresar su amor en la representación), y ambos son responsables y activos en la crianza de su hija (una reformulación que es mutuamente aceptada). Por lo tanto, al invalidar algunas de sus construcciones, la intervención implícitamente provoca una alteración del nudo del problema, lo que implica la posibilidad de realizar acciones alternativas que, a su vez, validan construcciones alternativas. La terapia que sigue les permite a ambos comprometerse a negociar pasos para satisfacer sus necesidades mutuas, una negociación que es el foco de las siguientes sesiones de terapia.

La técnica del rol fijo de Kelly (1955) se ha presentado en muchos libros de texto como una técnica conductual. Sin embargo, en mi opinión este procedimiento proviene directamente de una postura constructivista. En el contexto de la terapia individual, el terapeuta pide al cliente que escriba una autocaracterización, (una auto-descripción mínimamente estructurada de los aspectos relevantes de la visión que tiene el cliente de sí mismo, desde el punto de vista de un amigo hipotético que no es ni crítico ni adulator. Entonces el terapeuta, preferiblemente con la ayuda de un pequeño equipo de colaboradores, elabora una descripción alternativa de acuerdo con un grupo de reglas formales y simples (Kelly, 1955). Esta caracterización alternativa se le presenta al cliente para que la represente a lo largo de todo el día en su vida real durante un período de dos semanas. Durante este tiempo, el terapeuta y el cliente se ven aproximadamente tres veces a

la semana para asegurarse alcanzar el objetivo de que haga una representación precisa del nuevo rol prescrito. En estas sesiones el terapeuta apoya al cliente y ambos realizan *role playing* de las situaciones que resultan al cliente más difíciles de representar. Una vez se ha pasado este período de dos semanas, el terapeuta ayuda al cliente a contrastar las diferentes implicaciones que suponen la visión inicial del cliente y la caracterización prescrita para algunos de los problemas a los que se enfrenta. Este proceso lleva a los clientes a elaborar su propia perspectiva alternativa. El núcleo de este procedimiento implica forzosamente generar una visión alternativa en el sistema de construcción de los clientes. Una vez que éstos son capaces de mantener dos visiones diferentes de los acontecimientos que afrontan cada día, podrán generar otras alternativas sin la dirección del terapeuta. El resto de la terapia se dedica a proporcionar a los clientes un contexto apropiado en el que elaborar sus propias alternativas. Así, la esencia de esta técnica es generar una alternativa que se experimente plenamente (como opuesto a la reformulación o sugestión verbal) para abrir el sistema de construcción a nuevas maneras de construir. Por supuesto, este procedimiento requiere una explicación más completa (para una explicación más detallada véase por ejemplo, Epting y Nazario, 1987; Kelly, 1955; R. Neimeyer, 1993). Por otro lado resulta muy interesante la aportación de Kremser (1985), quien ha presentado un ejemplo del uso de esta técnica en el contexto de terapia de pareja.

Alexander y Neimeyer (1989) han propuesto la caracterización familiar, una elegante adaptación de la técnica de autocaracterización de Kelly (1955) a la práctica familiar. Se presenta como una tarea de papel y lápiz que debe realizar cada miembro en la sala de terapia. Las instrucciones para esta tarea son:

Escribe una breve caracterización de esta familia. Hazlo desde la perspectiva de alguien que conoce a la familia íntimamente y de manera comprensiva, quizá mejor que nadie. Deberías escribirlo en tercera persona. Por ejemplo, empieza diciendo, "Conozco a la familia Smith". (Alexander y Neimeyer, 1989, pág. 113)

Los comentarios individuales resultantes pueden ofrecer una visión general de las áreas de convergencia o divergencia de los constructos de los miembros de la familia. Esta es una forma de permitir a los miembros de la familia que hagan explícita su (normalmente implícita) visión de sí mismos como grupo familiar a través de sus propios escritos y comentarios, con una participación moderada del terapeuta.

En conclusión, la TCP, con la integración de Procter (1978, 1981, 1985a) de las nociones de SCF y de posición, puede proporcionar un modelo exhaustivo y flexible tanto a nivel teórico como clínico. Articula conductas y significados de manera que proporciona al terapeuta un marco para hacer un mapa de la interacción del sistema así como para realizar diversas intervenciones. Además, se pueden incorporar unas cuantas técnicas de los constructos personales al grupo de herramientas usadas por el terapeuta familiar. En los estudios de Procter (1987), Feixas y al. (1990), y Brennan y Williams (1988) se pueden

encontrar varios ejemplos de casos en los que se ha usado este enfoque. Feixas, Procter y Neimeyer (1993) ofrecen una revisión exhaustiva de estos procedimientos.

PLANIFICACIÓN DE ESTRATEGIAS SOBRE EL CONTENIDO Y EL PROCESO

El controvertido asunto de si el terapeuta debería ser directivo o no y hasta qué punto es algo que han debatido los psicoterapeutas durante muchos años. En la historia del movimiento de terapia familiar este debate ha tomado la forma de una discusión sobre el poder del terapeuta. Muchos terapeutas familiares han adoptado y usado la noción de poder (y las ideas relacionadas como "posición de superioridad", "posición de inferioridad", "control de la relación terapéutica") a pesar de las reservas de Bateson (1972). Más recientemente, Hoffman (1988a) ha asumido una posición similar a la de Bateson en este debate sugiriendo "una relativa ausencia de jerarquía" (pág. 125) y "una tendencia a inhibir la intencionalidad" (pág. 127) como características de una postura constructivista en la terapia familiar. Sugiere que "puede que sea necesario incorporar a la terapia... precauciones para usar menos procedimientos deliberados... En otras palabras, puede que sea importante minimizar la conciencia del terapeuta al exigir o planificar estrategias de cambio" (Hoffman, 1988a, pág. 119).

En un artículo que ha dado origen a cierta discusión, Golann (1988) observa que el énfasis de Tomm (por ejemplo, 1987) en la planificación de estrategias, la intención y la deliberación "pueden haber reintroducido el poder y el control del terapeuta en el trabajo sistémico de una manera que corrompe las aspiraciones de Hoffman de una práctica de segundo orden" (Golann, 1988, pág. 62). A pesar de esto, tanto Hoffman como Tomm parecen estar influidos por los mismos autores constructivistas. Esencialmente la cuestión aquí es si elaborar estrategias en terapia es una posición legítima para un terapeuta de orientación constructivista. Obviamente, se podría aplicar el constructivismo de manera reflexiva y, por lo tanto, plantear la idea de que puede haber diferentes interpretaciones del constructivismo. Esto llevaría a examinar qué interpretación es más viable y consistente con los supuestos constructivistas o, por otra parte, llevaría a una búsqueda de consenso social sobre el tema. Sin embargo, lo que voy a hacer aquí es presentar la posición de Kelly en este controvertido asunto.

Mientras que el enfoque rogeriano (1977) considera la relación terapeuta-cliente como una relación de persona a persona, la TCP construye una relación de experto a experto con el cliente. Los clientes son expertos en el contenido de sus vidas; nadie conoce mejor sus vidas que ellos. Sin embargo, los terapeutas son expertos en los procesos de construcción, en la manera como se crean las relaciones de rol y, en particular, en el proceso terapéutico. El modelo de experiencia de los constructos personales permite al terapeuta ser un experto respecto al proceso de construcción. El contenido de las anticipaciones y el tipo de acontecimientos que afronta la persona a la luz de dichas anticipaciones entran dentro

del dominio de habilidades del cliente. Los terapeutas no pueden asumir el conocimiento de todos esos contenidos sino que los han de aprender de cada cliente. Además, este aprendizaje sobre el contenido del cliente debe ser neutral, es decir, no estar sesgado por juicios. El propósito de este enfoque es permitir al cliente que se convierta en un científico mejor que desarrolla de hipótesis y controles más viables, sin importar mucho su contenido. Esta idea de la terapia como un "paradigma de investigación" tiene la ventaja de limitar el poder del cliente y del terapeuta a áreas restringidas de conocimiento. Debido a que la sociedad y, por lo tanto, la mayoría de los clientes otorgan al terapeuta cierto poder, los terapeutas de los constructos personales no se encuentran en una posición paradójica de a) ser percibidos como poderosos agentes de cambio social y b) no buscar cambios ni usar su poder. La TCP permite a los terapeutas trabajar de manera responsable para adquirir ciertos procesos de cambio, sin tener en cuenta el contenido normativo de esos cambios. El contenido es la responsabilidad del cliente. Esto es paralelo a las ideas de Hoffman (1988a) de poder "recíproco" y poder "otorgado" (pág. 126). Además, en este modelo y en concordancia con Hoffman (1985), cuando se requiere que el terapeuta controle aspectos de contenido y consiga ciertos cambios normativos (normalmente en ciertos casos de violencia y abuso), está actuando como un agente de control social en vez de como un terapeuta constructivista.

La distinción entre aspectos del proceso y del contenido es paralela a la distinción de Bateson (1972) entre aprendizaje I y aprendizaje II y también se puede comparar con la distinción entre cambio I y cambio II (Watzlawick y al., 1974). La TCP no es un modelo sobre qué tipo de aprendizaje normativo debe adquirir un sistema sino sobre el proceso de aprendizaje. Ni Bateson ni Kelly usaron el aprendizaje en un sentido convencional. Ambos vieron el aprendizaje como el proceso de experiencia y su construcción. "Aprender a aprender", por lo tanto, se refiere al proceso por el que los humanos construyen su experiencia y esto no se puede instruir. Lo único que puede hacer un terapeuta es generar experiencias alternativas (in)validadoras orientadas a provocar una revisión constructiva del sistema de construcción: crear un nuevo "contexto" de aprendizaje (Bateson, 1972).

Desde la perspectiva de la TCP tiene sentido hablar de estrategia e intencionalidad. De hecho, cualquier acción humana se puede ver como intencional porque está revestida de anticipaciones. Sin embargo, estoy hablando aquí de planificación de estrategias sobre el proceso en vez de usar la connotación normal de la palabra. Si se usa en el último sentido puede llevar a controlar la dirección de la vida del cliente. En verdad, Kelly sugirió (1969e) y otros teóricos constructivistas (Botella y Feixas, 1998; Feixas y Villegas, 1990; R. Neimeyer, 1987b) han desarrollado, estrategias de cambio del proceso con una base teórica. Resumiendo, la distinción básica entre proceso y contenido usada en la TCP arroja una luz diferente sobre las inconsistencias respecto a cuestiones de poder, intencionalidad y planificación de estrategias señaladas por Golann (1988).

ALGUNAS IMPLICACIONES PARA LA INVESTIGACIÓN

El surgimiento de el debate epistemológico en terapia familiar, representado por el número de marzo de 1982 de la revista *Family Process*, sacó a la luz el cuestionamiento sobre la legitimidad de la investigación en psicoterapia. Las elaboraciones posteriores (por ejemplo, Gurman, 1983) han cuestionado la supuesta incompatibilidad entre las nuevas epistemologías y la investigación en psicoterapia. Sin embargo, todavía está abierta la pregunta de qué tipo de direcciones surgen desde la posición constructivista a nivel de investigación.

A diferencia de muchas posturas constructivistas, la TCP ha suscitado una gran cantidad de investigación empírica. R. Neimeyer, Baker y Neimeyer (1990) dieron cuenta de aproximadamente unos 1700 trabajos publicados en los que se usaron los conceptos y métodos de los constructos personales y, de ellos, el 65% eran artículos de investigación. La posición de Kelly (1955) sobre medición e investigación no se dirige a evaluar la "realidad" sino a ver el tipo de construcción que crea la gente a través de la experiencia personal. La dirección de la investigación en la TCP no va sólo del investigador a la persona no experta, sino también de la persona no experta al investigador. Esto último sugiere un formato o contexto (proceso) en el que el individuo (o cualquier sistema observado) puede expresar sus significados personales (contenido). Así, la evaluación surge de la co-creación de un mecanismo único para ese cliente o familia específicos. Además, en la TCP no hay reglas de contenido ocultas con las que evaluar o clasificar al cliente en categorías psicológicas preestablecidas. En su lugar, esta evaluación clara ofrece algunas características de las cualidades estructurales del sistema de construcción que no hacen referencia al contenido. Esto se conoce como el enfoque crédulo de evaluación de Kelly (1955): "si no sabes que es lo que le pasa a una persona, pregúntaselo; quizá te lo diga" (pág. 322). Ejemplos paradigmáticos de este enfoque son la autocaracterización (presentada antes como una adaptación a para familias; véase también Kelly, 1955, capítulo 7) y la técnica de rejilla. Esta técnica es una especie de entrevista semiestructurada en la que el terapeuta elicitó elementos relevantes (normalmente miembros de la familia y otras figuras significativas fuera de la misma, pero también pueden ser elementos acontecimientos, lugares, etc.) y algunas dimensiones de significado (constructos) que se usan para establecer distinciones entre dichos elementos. El terapeuta puede realizar luego un análisis estadístico de la matriz de puntuaciones que proporciona un mapa organizacional del sistema de construcción del cliente (para una descripción detallada y aplicaciones véase Feixas y Cornejo, 1996). La evaluación realizada con la rejilla ha demostrado ser un método poderoso que genera descubrimientos teóricamente relevantes así como directrices clínicas para realizar la terapia. La técnica de rejilla se ha usado exitosamente también en varios tipos de investigación familiar (por ejemplo, Feixas y al. 1987; Harter y al, 1989; Procter, 1985b; Vetere y Gale, 1987) y en formación en terapia familiar (Zaken-Greenberg y Neimeyer, 1986). (Véase G.

Neimeyer, 1993, para tener una presentación exhaustiva y actualizada de los métodos de evaluación psicológica constructivistas que hay disponibles).

Hampson (1982) distinguió dos orientaciones principales en la investigación y evaluación psicológicas. La primera está centrada en el investigador. En esta orientación los investigadores proponen un grupo de dimensiones relevantes para sus supuestos teóricos (por ejemplo, extroversión-introversión), idean instrumentos para medir los conceptos que han inventado y los aplican a las personas para clasificarlas de acuerdo con las categorías derivadas de su teoría. La segunda orientación, centrada en la perspectiva profana del cliente, se centra en idear procedimientos para estudiar categorías que usan las personas cuando clasifican a otras personas o acontecimientos (por ejemplo, qué tipo de teorías construyen las personas para entender su mundo). Dicho de otra manera, los investigadores en este último enfoque están interesados en elicitación de significados en vez de imponer los suyos al cliente. La TCP, junto con las teorías implícitas de la personalidad, encaja bien en esta segunda orientación. Por supuesto, este enfoque está algo menos desarrollado (y menos aceptado a nivel académico en un paradigma objetivista) que su homólogo centrado en el investigador. Sin embargo, creo que esta orientación que nos lleva a investigar las teorías (constructos, mitos e historias) que co-crean las familias, es más relevante para la práctica sistémica.

CONCLUSIONES

La TCP es un enfoque constructivista que pretende entender la experiencia humana y orientar la práctica clínica. Kelly llegó a ser constructivista a través de esta práctica y su enfoque explicativo, de evaluación y de intervención en los procesos humanos deriva de manera coherente de su postura epistemológica. En virtud de este punto de vista constructivista, la TCP es un enfoque interesante para que los terapeutas sistémicos tengan en mente cuando intenten pensar en términos constructivistas sobre terapia. Esto es especialmente cierto si se considera la ampliación de la TCP presentada por Procter (1981, 1985a). Sus nociones de SCF y de posición permiten conceptualizar los procesos familiares como construcciones y acciones unidas entre sí en secuencias interaccionales. Además, este modelo permite la terapeuta usar cualquier técnica que tenga a mano para generar una (re)construcción alternativa. Los terapeutas también se pueden incluir en el modelo. Ellos proporcionan evidencia (in)validante que la familia puede construir en términos de sus constructos familiares, de la misma manera que han interpretado visiones previas del problema dadas por otros profesionales o parientes.

Los temas que actualmente generan polémica, como el rol de poder, las estrategias y el control en terapia, se pueden ver a la luz de la distinción usada en la TCP entre contenido y procesos. Al acercarse a la relación terapéutica a un nivel de experto a experto, la TCP atribuye saber al cliente respecto al contenido de sus construcciones y sigue viendo al

terapeuta como un experto (que algo esperado por la sociedad) en la forma y el proceso de como se organizan los constructos y se aplican a los acontecimientos y relaciones. La misma distinción se puede aplicar a la investigación, en la que los enfoques que enfatizan el contenido llevan a los investigadores a proponer estándares para evaluar a las personas, mientras que un enfoque en el proceso lleva a los investigadores a establecer un contexto en el que las personas pueden expresar su contenido y significados únicos. Este enfoque es más relevante para un profesional en términos de orientaciones para la terapia, y más apropiado para un enfoque constructivista de la terapia familiar sistémica. Así, la integración de la TCP y las terapias sistémicas es un tema complejo pero interesante. Sin embargo, no hay duda de que un intercambio de ideas y perspectivas surgidas bajo los mismos supuestos epistemológicos (constructivismo) puede llevar a un enriquecimiento mutuo de dichos enfoques.

Notas:

¹Mahoney (1988) adopta el término *radical* siguiendo a von Glasersfeld (1984). Sin embargo, por irónico que parezca, no he podido encontrar ninguna afirmación de von Glasersfeld que niegue la existencia de la realidad, ni tan siquiera en el texto que cita Mahoney (1988, pág. 4):

Así, el constructivismo radical es *radical* porque rompe con la convención y desarrolla una teoría del conocimiento en la que éste no refleja una realidad ontológica "objetiva", sino exclusivamente un orden y organización de un mundo constituido por la experiencia. El constructivista radical ha renunciado al "realismo metafísico" de una vez por todas. (von Glasersfeld, 1984, pág. 24)

De hecho esta definición de constructivismo radical encaja muy bien con el constructivismo epistemológico tal como se ha definido aquí. Además, la única cosa que menciona von Glasersfeld (1984) sobre el "realismo metafísico" es que el constructivista radical ha "renunciado" a él. Esto es perfectamente consistente con que el constructivismo radical renuncie a cualquier tipo de asunción metafísica u ontológica. Además, en el mismo capítulo, von Glasersfeld (1984) afirmó claramente, en concordancia con Held y Pols (1985, 1987), la imposibilidad de hacer un juicio sobre la realidad "correcto" o "verdadero", diciendo que "la cuestión no se puede responder" (von Glasersfeld, 1984, pág. 26).

²La distinción entre cibernética de segundo y de primer orden la introdujo von Foerster (1981), y en la terapia familiar la adoptaron Hoffman (1985) y Kenney (1983). Mientras la cibernética de primer orden se basa en la premisa de estudiar una realidad externa, sin referencia a la actividad cognitiva que hace posible el estudio, la cibernética de segundo orden (también conocida como "cibernética de sistemas de observación") se centra en el papel del observador a la hora de construir la realidad observada. Debido a que yo la considero una posición epistemológica constructivista, como he descrito anteriormente en este capítulo, de ahora en adelante uso *constructivismo* y *cibernética de segundo orden* como términos intercambiables.

³Como ha descrito Bogdan (1987), elaborar como se organizan y cambian los sistemas de creencias (*constructos* en Kelly) no tiene que ver con la epistemología sino con la teoría psicológica.

⁴En las ciencias sociales el término *contextualismo* lo ha usado Pepper (1942) como una de las cuatro metáforas raíz (a saber, formismo, mecanicismo, contextualismo y organicismo). El contextualismo sostiene que: a) todo el conocimiento es provisional, conjetural y no lleva a una "verdad" concluyente y b) el conocimiento está enmarcado por factores contextuales (relacionales) inmersos en un contexto sociohistórico y cultural de significados y relaciones (véase Efran, Germer y Lukens, 1986, para implicaciones terapéuticas). Por lo tanto, el término *contextualismo* satisface mis intenciones aquí, tanto de sentido común como en el sentido de Pepper.

⁵Feixas (1990a) establece una distinción entre el foco de interés atomista (intrapésquico), molecular (relacional) y molar (sistémico) de los enfoques terapéuticos. La teoría original de los constructos personales

(TCP) de Kelly es básicamente atomista y, gracias al corolario de socialidad, también molecular. Sin embargo, con la idea del sistema de constructos familiares la TCP adquiere un nivel molar de conceptualización, comprensión y tratamiento de los fenómenos humanos. "

⁶Este enfoque tiene algunas similitudes con el 'paradigma familiares' de Reiss (1981), con las 'premisas familiares' de Penn (1985) y la elaboración que hizo Bogdan (1984) de la 'ecología de ideas' de Bateson (1972). Aunque estos modelos de "idea compartida" son potencialmente útiles, Bogdan (1987) mismo señaló un problema que surge: "Típicamente los miembros de la familia vienen a terapia con ideas muy diferentes sobre el problema" (pág. 32). Esto se puede explicar dentro del modelo de sistemas de constructos familiares debido a que los constructos, a diferencia de las premisas, conceptos o creencias, son dimensiones bipolares de significado que pueden ser verbales o preverbales. Así, un padre que tiene un enfoque biológico de un problema y una madre que lo define como psicológico pueden estar usando la misma avenida de movimiento aunque estén construyendo el problema en polos opuestos. Compartir un constructo no significa estar de acuerdo. De hecho puede significar lo opuesto.

⁷Varios investigadores de los constructos (por ejemplo, Feixas, Cunillera y Villegas, 1987; Harter, Neimeyer y Alexander, 1989; Procter, 1985b) han adaptado la técnica de rejilla de Kelly (1955) en sus estudios para incorporar las metaperspectivas de los miembros de la familia (para una revisión, véase Feixas, 1992; Feixas, Procter y Neimeyer, 1993).

Nota final del autor:

Parte de este capítulo lo escribí cuando ocupaba un cargo posdoctoral en la University of Memphis, Department of Psychology, con la ayuda de una beca del Center for Applied Psychological Research a través del State of Tennessee's Centers of Excellence Program. También recibí apoyo del Departament de Personalitat, Avaluació i Tractaments Psicològics, Universitat de Barcelona, donde se realizó la mayor parte del trabajo. Por otro lado, quiero dar las gracias a los útiles comentarios de Robert Neimeyer, Harry Procter, Pamela Alexander y Kat Bagley.

Referencias bibliográficas

1. Alexander, P., & Neimeyer, G. (1989). Constructivism and family therapy. International Journal of Personal Construct Psychology, 2, 111-121.
2. Anderson, H., & Goolishian, H. (1988). Human systems as linguistic systems: Preliminary and evolving ideas about the implications for clinical theory. Family Process, 27, 371-393.
3. Anderson, H., Goolishian, H., & Winderman, L. (1986). Problem determined systems: Toward transformation in family therapy. Journal of Strategic & Systemic Therapies, 5 (4), 1-14.
4. Bannister, D. (1966). Psychology as an exercise in paradox. Bulletin of The British Psychological Society, 19, 21-26.
5. Bannister, D., & Fransella, F. (1980). Inquiring man: The psychology of personal constructs (2nd ed.). Malabar, FL: Krieger.
6. Bateson, G. (1972). Steps to an ecology of mind. New York: Ballantine.
7. Bateson, G. (1979). Mind and nature: A necessary unity. New York: Dutton.
8. Beail, N. (ed.). (1985). Repertory grid technique and personal constructs. London: Croom Helm.
9. Berger, P., & Luckman, T. (1966). The social construction of reality. New York: Doubleday.
10. Bogdan, J. (1984). Family organization as an ecology of ideas: An alternative to the reification of family systems. Family Process, 23, 375-388.
11. Bogdan, J. (1987). "Epistemology" as a semantic pollutant. Journal of Marital and Family Therapy, 13, 27-35.
12. Brennan, J., & Williams, A. (1988). Clint and the black ship. Journal of Strategic and Systemic Therapies, 7, 15-24.
13. Bruner, J. (1956). You are your constructs. Review of G. A. Kelly, "The Psychology of Personal Constructs". Contemporary Psychology, 1, 355-357.

14. Efran, J., Germer, C. K., & Lukens, M. D. (1986). Contextualism and psychotherapy. In R. L. Rosnow & M. Georgourdi (eds.), Contextualism and understanding in the behavioral sciences: Implications for research and theory. New York: Praeger.
15. Efran, J., Lukens, R., & Lukens M. (1988, September-October). Constructivism: What's in it for you? The Family Therapy Networker, pp. 27-35.
16. Feixas, G. (1990). Personal construct theory and the systemic therapies: Parallel or convergent trends? Journal of Marital and Family Therapy, Jan.
17. Feixas, G. (in press). Approaching the individual, approaching the system. Journal of Family Psychology.
18. Feixas, G., Cunillera, C., & Mateu, C. (in press). Dream analysis in a systemic therapy case: A constructivist approach. Journal of Strategic and Systemic Therapies.
19. Feixas, G., Cunillera, C., & Villegas, M. (1987, August). Personal construct theory and the systems approach: A theoretical and methodological proposal for integration. Paper presented at the Seventh International Congress on Personal Construct Psychology, Memphis, TN.
20. Feixas, G., & Villegas, M. (1989). Constructivismo y psicoterapia (Constructivism and psychotherapy). Barcelona, Spain: Publicaciones Universitarias.
21. Fisch, R., Weakland, J., & Segal, L. (1982). The tactics of change: Doing therapy briefly. San Francisco: Jossey-Bass.
22. Golann, S. (1987). On description of family therapy. Family Process, 26, 331-340.
23. Golann, S. (1988). On second-order family therapy. Family Process, 27, 51-65.
24. Gurman, A. (1983). Family therapy research and the "new epistemology." Journal of Marital and Family Therapy, 9, 227-234.
25. Hampson, S. (1982). The construction of personality. London: Routledge.
26. Harter, S., Neimeyer, R., & Alexander, P. (1989). Personal construction of family relationships: The relation of commonality and sociality to family satisfaction for parents and adolescents. International Journal of Personal Construct Psychology, 2, 123-142.
27. Held, B., & Pols, E. (1985). The confusion about epistemology and "epistemology" - And what to do about it. Family Process, 24, 509-524.
28. Hoffman, L. (1985). Beyond power and control: Toward a "second-order" family systems therapy. Family Systems Medicine, 3, 381-396.
29. Hoffman, L. (1988a). A constructivist position for family therapy. The Irish Journal of Psychology, 9 (1), 110-129.
30. Hoffman, L. (1988b). Reply to Stuart Golann. Family Process, 27, 65-68.
31. Keeney, B. (1982). Not pragmatics, not aesthetics. Family Process, 21, 429-434.
32. Keeney, B. (1983). The aesthetics of change. New York: Guilford.
33. Keeney, B., & Ross, J. (1985). Mind in therapy: Constructing systemic family therapies. New York: Basic Books.
34. Kelly, G. A. (1955). The psychology of personal constructs (2 Vols.). New York: Norton.
35. Kelly, G. A. (1969) in B. Maher (ed.), Clinical psychology and personality: The selected papers of George Kelly. New York: Wiley.
36. Kelly, G. A. (1970). Behavior is an experiment. In D. Bannister (ed.), Perspectives in personal construct psychology. London: Academic.
37. Kenny, V., & Gardner, G. (1988). Constructions of self-organising systems. The Irish Journal of Psychology, 9 (1), 1-24.
38. Laing, R., Phillipson, H., & Lee, A. (1966). Interpersonal perception. A theory and method of research. London: Tavistock.
39. Linares, J. L. (1988). Personal communication.
40. Mahoney, M. J. (1988). Constructive metatheory: I. Basic features and historical foundations. International Journal of Personal Construct Psychology, 1 (1), 1-35.
41. Maturana, H. (1988). Reality: The search for objectivity or the quest for a compelling argument. The Irish Journal of Psychology, 9 (1), 25-82.
42. Maturana, H., & Varela, F. (1987). The tree of knowledge. Boston: New Science Library.

43. Neimeyer, G. (1985). Personal constructs and the counseling of couples. In F. Epting & A. Landfield (eds.), Anticipating personal construct psychology. Lincoln, NE: University of Nebraska Press.
44. Neimeyer, G., & Neimeyer, R. (1981). Personal construct perspectives on cognitive assessment. In T. Merluzzi, C. Glass, & M. Genest (Eds.), Cognitive assessment. New York: Guilford.
45. Neimeyer, R. (1985). Personal constructs in clinical practice. In P.C. Kendall (ed.), Advances in cognitive-behavioral research and therapy (vol. 4), New York: Academic.
46. Neimeyer, R. (1987). Personal construct therapy. In W. Dryden & W. Golden (eds.), Cognitive-behavioral approaches to psychotherapy. London: Harper & Row.
47. Neimeyer, R., Baker, K., & Neimeyer, G. (1989). The current status of personal construct theory: Some scientometric data. In G. J. Neimeyer, & R. A. Neimeyer (eds.), Advances in personal construct theory (Vol. 1). Greenwich, CT: JAI Press.
48. Neimeyer, R., & Feixas, G. (1989). Disorders of construction. In F. Mancini & A. Semerari (eds.), Conoscenza individuale e psicopatologia. Rome: Nuova Italia Scientifica.
49. Neimeyer, R., & Feixas, G. (in press). Constructivist contributions to psychotherapy integration. Journal of Eclectic and Integrative Psychotherapy.
50. Penn, P. (1985). Feed-forward: Future questions, future maps. Family Process, 24, 299-310.
51. Pepper, S. C. (1942). World hypotheses. Berkeley, CA: University of California Press.
52. Procter, H. (1981). Family construct psychology: An approach to understanding and treating families. In S. Walrond-Skinner (ed.), Developments in family therapy: Theories and applications since 1948. London: Routledge & Kegan Paul.
53. Procter, H. (1985a). A personal construct approach to family therapy and systems intervention. In E. Button (ed.), Person construct theory and mental health. London: Croom Helm.
54. Procter, H. G. (1985b). Repertory grids in family therapy and research. In N. Beail (ed.), Repertory grid techniques and personal constructs: Applications in clinical & educational settings. London: Croom Helm.
55. Procter, H. G. (1987). Change in the family construct system: Therapy of a mute and withdrawn schizophrenic patient. In R. A. Neimeyer & G. J. Neimeyer (eds.), Personal construct therapy casebook. New York: Springer.
56. Procter, H., & Parry, G. (1978). Constraint and freedom: The social origin of personal constructs. In F. Fransella (ed.), Personal Construct Psychology, 1977. London: Academic.
57. Reiss, D. (1981). The family's construction of reality. Cambridge, MA: Harvard University Press.
58. Stierlin, H. (1987). Coevolution and coindividuation. In H. Stierlin, F. Simon, & G. Schmidt (eds.), Familiar realities: The Heidelberg conference. New York: Brunner/Mazel.
59. Tomm, K. (1987). Interventive interviewing: Part I. Strategizing as a fourth guideline for the therapist. Family Process, 26, 3-13.
60. Vetere, A., & Gale, A. (1987). Ecological studies of family life. London: Wiley.
61. Viney, L., Benjamin, Y., & Preston, C. (1988). Constructivist family therapy with the elderly. Journal of Family Psychology, 2, 241-258.
62. Von Foerster, H. (1981). Observing systems. Seaside, CA: Intersystems Publications.
63. Von Glasersfeld, E. (1984). On radical constructivism. In P. Watzlawick (ed.), The invented reality. New York: Norton.
64. Watzlawick, P. (ed.) (1984). The invented reality. New York: Norton.
65. Zaken-Greenberg, F., & Neimeyer, G. (1986). The impact of structural family therapy training on conceptual and executive therapy skills. Family Process, 25, 599-608.